

ARTE, BOTÁNICA Y GÉNERO: SOBRE EL MANUSCRITO EXTRAVIADO DE NANCY ANNE KINGSBURY WOLLSTONECRAFT

ART, BOTANY, AND GENDER: ON THE MISSING MANUSCRIPT OF NANCY ANNE KINGSBURY WOLLSTONECRAFT

ELISA GARRIDO

Author / Autora:

Elisa Garrido
Universidad Autónoma de Madrid
Madrid, España
elisa.garrido.moreno@uam.es
<https://orcid.org/0000-0002-1789-8764>

Submitted / Recibido: 22/01/2022

Accepted / Aceptado: 20/04/2022

To cite this article / Para citar este artículo:
Garrido, E. (2022). Arte, botánica y género:
sobre el manuscrito extraviado de Nancy
Anne Kingsbury Wollstonecraft. *Feminismo/s*,
40, 211-234. [https://doi.org/10.14198/
fem.2022.40.09](https://doi.org/10.14198/fem.2022.40.09)

Licence / Licencia:

This work is licensed under a Creative
Commons Attribution 4.0 International.



© Elisa Garrido

Resumen

Nancy Anne Kingsbury Wollstonecraft (c.1791-1828) fue la autora de un extenso tratado botánico, realizado durante el siglo XIX, sobre las plantas y frutos de la isla de Cuba que nunca fue publicado. Aunque existían referencias sobre el mismo, nunca se había hallado, por lo que se consideraba perdido hasta que, en 2018, el departamento *Rare and Manuscript Collections* de la Biblioteca de la Universidad de Cornell digitalizó el documento, haciéndolo público y abriendo nuevas vías de investigación sobre las mujeres naturalistas e ilustradoras. Kingsbury Wollstonecraft residió en la provincia cubana de Matanzas durante la década de 1820. Comenzó a estudiar la vida vegetal de la isla de Cuba, por entonces bajo dominación española, llevando a cabo una extensa investigación sobre la naturaleza de la región. Su trabajo fue recopilado en un manuscrito, ilustrado por ella misma, con más de un centenar de láminas botánicas. Aunque realizó las gestiones para publicarlo, se encontró con una serie de dificultades que lo impidieron, pasando desapercibido durante casi dos siglos después de su muerte. La invisibilización de su obra se nos presenta como un paradigma de

las dificultades que encontraron las mujeres que trataron de producir conocimiento científico, más allá de los espacios que les eran afines, y nos permite explorar distintas perspectivas sobre las relaciones intrínsecas entre la botánica, lo femenino, la naturaleza y el contexto colonial. En el artículo se analiza, en primer lugar, el papel esencial que tuvo el arte y la ilustración para que las mujeres consiguieran derribar algunas de las barreras de género que les impedían entrar a formar parte de las comunidades científicas, destacando sus aportaciones a la botánica. A continuación, nos centramos en Kingsbury Wollstonecraft como caso de estudio y planteamos algunos de los argumentos que justificaron la invisibilización de su trabajo, aportando una serie de reflexiones sobre la normatividad del relato científico que, bajo una supuesta objetividad, excluía del mismo las diversas formas –íntimas, poéticas o artísticas– que la narrativa femenina tenía de aproximarse al estudio de la naturaleza.

Palabras clave: arte; ciencia; ilustración botánica; género; agencia; discurso.

Abstract

Nancy Anne Kingsbury Wollstonecraft (c.1791-1828) was the author of an extensive botanical treatise, written during the 19th century, about the plants and fruits of the island of Cuba that was never published. Although there were references, it had never been found, so it was considered lost until 2018, when the Rare and Manuscript Collections department of the Cornell University Library digitized the document, making it public and opening new perspectives on research about botany, women and illustration. Kingsbury Wollstonecraft resided in the Cuban province of Matanzas during the 1820s. She began to study the plant life of the island of Cuba, then under Spanish governance, conducting extensive research on the Nature of the region. Her work was compiled in a manuscript, illustrated by herself, with more than a hundred botanical plates. Although she took steps to publish it, she encountered several problems to do it, and the manuscript remained unnoticed for almost two centuries after her death. The invisibility of her work becomes a paradigm of the difficulties encountered by women who tried to produce scientific knowledge, beyond the spaces that were imposed to them, and allows us to explore different perspectives on the intrinsic relationships between botany, femininity, nature and the colonial context. This paper analyses, firstly, the essential role that art and illustration had for women to break down the gender gaps that kept them outside the scientific communities, highlighting their contributions to botany. Next, we focus on Kingsbury Wollstonecraft as a case study and we present some of the reasons that justified the invisibility of her work, providing some reflections on the normativity of the scientific narrative that, under a false sense of objectivity, excluded the diverse forms – intimate, poetic or artistic– that the female narrative had to engage the study of nature.

Keywords: art; science; botanical illustration; gender; agency; discourse.

I. ARTE Y CIENCIA PARA ROMPER LAS BARRERAS DE GÉNERO

El estereotipo de género aplicado a la ciencia tiene unas raíces culturales fuertemente asentadas en la base de la creación de las instituciones de la propia ciencia moderna (Schiebinger, 2004a). Frente al discurso científico oficial de los grandes genios, las mujeres encontraron su lugar trabajando en áreas históricamente más receptivas como la traducción, la escritura y la ilustración científica. En ese contexto, se da un fenómeno vinculado al género de la pintura de flores que empieza a asociarse con cualidades de la mujer, razón por la que comienza su devaluación como género. La ilustración de flores como habilidad femenina se asociaba a las mal llamadas «artes menores» cuando este era desarrollado por mujeres, sin embargo, para muchas de ellas, dedicarse al dibujo podía ser una forma de sobrepasar las barreras institucionales que dificultaban la entrada de las mujeres en las comunidades científicas. Parte de la crítica ilustrada insistía en la educación moral de las mujeres y su papel de buena esposa y madre. En oposición a esa visión femenina de quietud controlable, estaba la visión de una mujer interesada en el mundo que le rodeaba, con inquietudes científicas y sospechosas intenciones de generar conocimiento. Al mismo tiempo, ciertas teorías científicas imperantes apoyaban determinadas ideas misóginas amparadas por un sesgado rigor académico (Schiebinger, 1991).

Desde el siglo XVIII, en el contexto de las expediciones y los viajes científicos, las ideas de Linneo y su sistema de clasificación de las especies se extendían por Europa. Al mismo tiempo, un gran número de mujeres se interesaban por las clases de dibujo para señoritas en las escuelas de artes y oficios, debido a las dificultades para entrar en las enseñanzas y organismos oficiales. Las ideas de catalogación de la Historia Natural e ilustración botánica penetraban con fuerza en las mentes inquietas femeninas y, muchas de ellas vieron el arte como un medio para introducirse en un mundo científico que era inhóspito en aquel momento para ellas. No es de extrañar que algunas de estas mujeres pusieran su destreza artística al servicio de la ciencia. En España, por ejemplo, hemos conocido a artistas como Teresa Madasú (1848-1917), que acudió a las clases de dibujo para señoritas en el Conservatorio de Artes de Madrid. Además de formarse en litografía en la Escuela Especial de Pintura de Madrid, su destreza e interés por la

paleontología le permitió llevar a cabo las ilustraciones de fósiles que fueron publicadas en el *Boletín de la Comisión del Mapa Geológico* (1874). El acceso a las facultades de ciencias, en términos de igualdad, tardó en suceder, lo que no quiere decir que previamente no se produjera conocimiento científico de forma autónoma. En el Valle del Cabriel (Sierra de Albarracín) dos hermanas estudiosas de las ciencias naturales hicieron sendas aportaciones a la botánica y la entomología: Blanca Catalán de Ocón (1860-1904) y Clotilde Catalán de Ocón (1863-1946). La influencia materna y el acceso a la biblioteca familiar les permitieron formarse en ciencias naturales, recolectando ejemplares y realizando dibujos con sus descripciones. Blanca publicó sus propios herbarios mostrando plantas anteriormente desconocidas, alcanzando el reconocimiento internacional (De Jaime et al., 2006). En el ámbito internacional destacan Maria Sibylla Merian (1647-1717), artista, ilustradora botánica y entomóloga que realizó el primer registro visual detallado de la metamorfosis de las mariposas; Madeleine Françoise Basseporte (1701-1780), que fue pintora botánica oficial del *Jardin du roi* en París; Sarah Ann Drake (1803-1857) que trabajó gran parte de su vida como ilustradora para la revista *The Botanical Register*, una publicación que dejó de editarse con su retiro en 1847; Marianne North (1830-1890), que, entre 1871 y 1885, realizó más de 800 ilustraciones tras explorar diecisiete países de todos los continentes; Margaret Mee (1909-1988), artista y exploradora que retrató, con sus pinceles, la flora de la selva amazónica durante más de treinta años; o Elizabeth Blackwell (1707-1758), que ilustró y autoeditó una de las publicaciones más icónicas sobre botánica: *A Curious Herbal* (1739), un trabajo que le permitió sufragar las deudas que su marido había adquirido tras entrar en la cárcel y conseguir independencia económica. Es un hecho que, en las últimas décadas, cada vez más nombres de mujeres están saliendo a la luz asociados a la ilustración de plantas e insectos con cierto reconocimiento, como han demostrado los estudios de Shteir (1996), Kramer (1996), Logan (2004) o Norton (2009) y, desde una perspectiva feminista de la historia de la ciencia, se está reevaluando la contribución que las mujeres artistas han realizado al campo de la ilustración botánica.

La historia de Nancy Anne Kingsbury Wollstonecraft como ilustradora botánica, que ha salido recientemente a la luz tras permanecer oculta durante dos siglos, es un interesante caso sobre las relaciones entre lo femenino,

la educación botánica, la naturaleza y el contexto colonial. Kingsbury Wollstonecraft residió en la provincia cubana de Matanzas durante la década de 1820 y comenzó a estudiar la vida vegetal de la isla de Cuba, por entonces bajo dominación española, compilando una investigación botánica que redactó en un manuscrito que nunca llegó a ser publicado. Este trabajo pasó desapercibido durante casi dos siglos después de su muerte, hasta que fue identificado por el historiador cubano Emilio Cueto que ha propiciado la difusión de su contenido y ha sido puesto a disposición para su descarga en la biblioteca digital *HathiTrust*, gracias al trabajo de digitalización del personal de la Biblioteca de la Universidad de Cornell. El manuscrito *Specimens of the plants and fruits of the Island of Cuba* está firmado por «Mrs. A.K. Wollstonecroft»¹. Es una obra de gran magnitud que se ha datado en 1826, distribuida en tres tomos, con más de 200 páginas de texto y 121 ilustraciones en las que se catalogan varias especies botánicas de la región cubana.

En la primera página ya nos encontramos con una visión holística de la naturaleza, que aúna arte, ciencia y poesía, al leer los siguientes versos:

Who can paint
Like Nature? Can Imagination boast,
Amid his gay creation, hues like hers?
Or can he mix them with that matchless skill,
And lay them on so delicately fine,
And lose them in each other, as appears
In every bud that blows?²

Se trata de un fragmento del poema titulado «Spring» del autor escocés James Thomson (1700-1748) que forma parte de su obra *The Seasons*, una serie de versos dedicada a la belleza de la naturaleza en las distintas estaciones del año. El uso por parte de Kingsbury Wollstonecraft de estos versos no es una casualidad, ya que la obra había sido tremendamente influyente en pintores

-
1. Al revisar el manuscrito original, la escritura de la firma parece indicar «Wollstonecroft» en lugar de «Wollstonecraft» lo que hacía todavía más confusa su atribución.
 2. «¿Quién puede pintar como la naturaleza? ¿Puede la imaginación presumir, en medio de su alegre creación, de tonalidades como la de ella? ¿O puede mezclarlas con esa habilidad incomparable, y ponerlas con delicada finura, perderlas entre sí, como aparece en cada brote que sopla?». Traducción de la autora.

de la naturaleza ya consagrados como Thomas Gainsborough (1727-1788) o J.M. William Turner (1775-1851).



Figura 1. Lámina 1 (vol. 1) *Specimens of the plants and fruits of the island of Cuba*.
Cornell University.

A lo largo de las páginas vamos viendo que esta no es una publicación botánica al uso, sino un álbum esmeradamente ilustrado en el que se mezclan la literatura, el arte, la ciencia y la poesía. En las descripciones que componen los tres tomos de la obra, se relacionan diversos hechos históricos con los usos locales de los recursos naturales realizados por los indígenas y las observaciones personales de la autora. Las ilustraciones utilizan la nomenclatura latina y muestran distintas disecciones de las partes reproductivas de las plantas, lo que nos indica que Kingsbury Wollstonecraft debía tener conocimientos sobre la teoría de clasificación linneana. En la lámina «Canna indica» (figura 1), recoge diferente información acerca de sus características morfológicas y nos habla sobre el origen etimológico de esta caña de indias, cuyas semillas «son tan duras que se usaban para disparar a los pájaros» (Kingsbury Wollstonecraft, 1826, p. 7) y, debido a la extrema

dureza y redondez perfecta de sus semillas, también son usadas como cuentas para collares. En la ilustración podemos ver que las semillas adquieren gran importancia en la representación de la disección de la planta, en la que podemos percibir visualmente el uso que se les da. La autora, con esta ilustración, legitima su descripción (figura 1). Algunas láminas muestran las plantas en una especie de visión aumentada, donde no se muestra el ejemplar en su conjunto sino una parte del mismo, mostrando pictóricamente detalles de las plantas que no son apreciables a simple vista, permitiendo un elevado nivel de detalle de la flor, el fruto o la morfología de las hojas (figuras 2 y 3).



Figuras 2 y 3. Lámina 7 (vol. 1) y Lámina 97 (vol. 2). *Specimens*. Cornell University.

Otra información que podemos encontrar en el manuscrito nos habla de las costumbres, la educación y la cultura científica de la región. Kingsbury Wollstonecraft, al igual que otras naturalistas anteriores, como Maria Sibylla Merian (1647-1717), narra sus experiencias personales con vívidos detalles, recogiendo parte de sus vivencias. En un momento dado, cuando Kingsbury Wollstonecraft relata su experiencia en la búsqueda de información, comenta:

«I have asked may Spaniards how they call this subparasitical plant but no one could tell me. Natural History as a science makes no part of creole education» (1826, p.34). Una de las grandes aportaciones de las mujeres como autoras en el campo del conocimiento científico es que, a través de sus obras, podemos percibir el contexto cultural de un modo mucho más cercano. Las dificultades de acceso a una formación reglada para las mujeres, a pesar de ser un inconveniente evidente, supuso el motor para el establecimiento de redes de conocimiento al margen de las instituciones y los canales oficiales. En el relato de Kingsbury Wollstonecraft se aprecia una forma de instruirse a través de la conversación y el contacto con personas y redes de su entorno. A través de su texto, no solo accedemos a la información que ella refleja en sus descripciones, sino también a reflexiones, intercambios culturales e impresiones personales, un detalle que supone un valor añadido a su obra. Kingsbury Wollstonecraft también nos habla sobre los colores, las épocas de floración e, incluso, el proceso por el que se ha recogido la información y se ha dibujado, aportando detalles muy valiosos sobre el proceso de creación artística, que no siempre es accesible. Entre el conjunto de láminas también encontramos frutos como el anacardo, el mango y varias especies de cítricos, además de otros árboles, arbustos, palmeras y otras frutas como la «naranja de Sevilla», la lima o el fruto de la guanábana, que, según relata, se usaba como antídoto contra el envenenamiento, y sus hojas como antiparasitario y antiepiléptico. En diversas ilustraciones se aprecia un sentido estético (figura 4), además del ilustrativo, componiendo colores y formas de una manera ornamental que recuerda a las formas del *Flora's Dictionary* de Elizabeth Wirt (1784-1857). Esta publicación fue uno de los primeros diccionarios floriográficos de Estados Unidos que popularizó la botánica entre las mujeres estadounidenses del siglo XIX, recopilando más de doscientas especies de flores con sus nombres científicos, utilizando la morfología de las plantas y el sistema linneano de nomenclatura botánica, junto a una selección de algunos versos sobre la flor en cuestión, además de información sobre su significado simbólico e histórico. Sin embargo, la primera publicación conocida del *Flora's Dictionary* data de 1829, mientras que el manuscrito de Kingsbury Wollstonecraft se ha datado en 1826-28 y nunca llegó a publicarse. Aunque es sabido que, entre los naturalistas y aficionados a la botánica, los manuscritos y dibujos botánicos formaban parte

de un sistema de intercambio de información, conformando una red que fue inherentemente colaborativa (Hanna Hodacs et. al., 2018), así que no sería descabellado pensar que el gran conjunto de mujeres que expresaron su interés y conocimiento de la naturaleza pudieran establecer intercambios a través de una cultura material de género.



Figura 4. Lámina 122 (vol. 3). *Specimens*. Cornell University.

Al igual que sus colegas masculinos, las mujeres naturalistas generaron redes en su afán por transmitir sus conocimientos, estableciendo contactos a través de cartas y documentos que, en los últimos años, están aportando información sobre este tipo de amistades, redes y prácticas culturales que participaron en el proyecto colaborativo de la historia natural (Shteir & Cayouette, 2019). Con todo, es necesario destacar la relación entre naturaleza, arte y la poesía entre muchas de las mujeres interesadas por la botánica y que aporta al estudio de la historia natural un carácter mucho más profundo, relacionado con intereses comunes que aportan información sobre las formas en que las mujeres ingresaron en los debates científicos (Boswell, 2014). Esta

forma de comprender el mundo fue compartida por autoras como la poetisa Emily Dickinson (1830-1886) que, si bien hoy en día es más conocida por su poesía, en vida destacó también por la investigación botánica, convirtiéndose en una experta en identificar plantas y creando un extenso *herbarium* (figura 5), lo que no deja duda de que su poesía estaría muy vinculada a su forma de comprender la naturaleza.



Figura 5. Herbarium de Emily Dickinson. Biblioteca Houghton, Universidad de Harvard.

Como veremos más adelante, las mujeres naturalistas desplegaron nuevas y diferentes formas de comunicación científica que incluían los versos, la prosa poética, la historia de vida o incluso los cuentos, ampliando el horizonte de los lectores y lectoras –especialmente de las lectoras– interesadas en ciencia, realizando una labor de conexión con públicos lejanos al mundo de la ciencia institucional y acercando el conocimiento de una forma próxima y reconocible.

2. MRS. WALSTONCRAFT, WOLSTONCRAFT Y MRS. W.

El uso indistinto de variaciones en la forma de escribir el apellido de nuestra ilustradora botánica convierte el rastreo de su pista en un verdadero rompecabezas, ya que encontramos sus señas escritas con diferentes erratas. La referencia más temprana de la que tenemos constancia sobre Kingsbury Wollstonecraft fue localizada por Cueto (2018) en *El Mensajero Semanal* del 26 de agosto de 1828, tal como lo relató en su conferencia impartida en la Universidad de Florida. En esta publicación, que se hacía eco de una nota en el *New York Farmer* se mencionaba a una mujer estadounidense en Cuba, Mrs. Walstoncraft, que dibujaba plantas:

Hace muchos años que una señora se ocupa en dibujar y describir las plantas de aquella isla interesante. Mr. Nathaniel H. Carter, secretario corresponsal de nuestra sociedad horticultural, ha enviado de la Habana a Nueva York tres volúmenes en cuarto de descripciones y dibujos. El color de las figuras es conforme al de las plantas vivas: y parece que no solo se han ejecutado con propiedad, sino también con elegancia. La historia que acompaña a cada una de ellas es breve, pero sentenciosa y comprensiva; y al mismo tiempo, contiene los hechos y circunstancias principales relativos a su producción. Esta obra hermosa e instructiva se debe a Mrs. Walstoncraft, y puede decirse, que sus láminas son exactamente iguales a las que embellecen el libro célebre de Sybella Merian sobre los insectos de Surinam y los vegetales de que se alimentan. (Saco, 1858, p. 255, nota al pie)

La comparación con Maria Sibylla Merian (1647-1717) nos dice mucho acerca de la consideración de la obra de Kingsbury Wollstonecraft. Sibylla Merian se convirtió en una entomóloga pionera y una artista botánica de gran reconocimiento que, con su trabajo *Metamorphosis Insectorum Surinamensium* (1705), no solo amplió el conocimiento científico sobre numerosas especies y géneros de insectos, sino que también ilustró, tras años de observación cercana y sus viajes en Surinam, las láminas que acompañaban sus investigaciones. Sin embargo, Merian adolecía de la nomenclatura científica, que se popularizaría posteriormente con Linneo y no siempre solía registrar en sus ilustraciones los nombres indígenas de las especies (Schiebinger, 2004b, 207) mientras que en el *Specimens of the plants and fruits of the Island of Cuba*, Kingsbury Wollstonecraft es alabada precisamente por el carácter científico de su afán clasificatorio, indicando orden, género y especie conforme al

sistema linneano, además de explicar los múltiples nombres dados a las plantas por españoles e indígenas. En la misma publicación, especifica lo siguiente «debe esperarse, que una edición tan importante a la botánica encontrará bastante patrocinio; y así llamamos sobre este objeto la atención del bello sexo» (Saco, 1858, p. 255). El texto fue reproducido años después en la *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba* de Antonio Saco, donde podemos apreciar que se generó una polémica alrededor de los intentos de publicación por parte de Kingsbury Wollstonecraft, que por ser extranjera no contaba con el favor de algunos de sus contemporáneos botánicos residentes en la isla: «en el número 2, no hay otra cosa sino un aviso que di sobre una obra de botánica que estaba preparando en la Habana una Señora; y sí porque dije, que me dolía ver que esa obra fuese fruto extranjero (sic), y no nacional, el señor botánico se dio por ofendido (Saco, 1858, p. 255). Al parecer, hubo cierta polémica entre los botánicos José Antonio de la Ossa y Ramón de la Sagra, por alcanzar el reconocimiento como conocedores de la flora cubana. Esta polémica fue acrecentada por la noticia de la futura publicación de la obra de Kingsbury Wollstonecraft, que podía adelantarse en la carrera de la publicación de la gran obra de la flora cubana, que todavía no había visto la luz. La historia no acabó bien para ninguno, ya que la muerte del botánico impidió que viese su obra publicada en vida, al igual que le pasó a nuestra autora, aunque, como ya sabemos, la de ella nunca llegó a imprimirse, ni siquiera a título póstumo.

Por el momento, la referencia biográfica más completa conocida se la debemos a Samuel Knapp, editor de la revista *Boston Monthly Magazine*. Knapp publica una nota biográfica en su obra *Female Biography Containing Notices of Distinguished Women in Different Nations and Ages* en la que habla sobre una mujer identificada como Mary Wolstonecraft (Knapp, 1834, p. 477). De nuevo una errata en el apellido que pudo añadir más confusión a su identificación. Por esta biografía sabemos que fue hija de un clérigo de Nueva Inglaterra y que vivió, junto a su marido, varios años en Nueva Orleans hasta que él falleció, dejando una hija de su anterior matrimonio y varias deudas. Por alguna razón que no se especifica pero que pudo estar relacionada con esta circunstancia y con problemas de salud, ella viajó por varios lugares de Estados Unidos hasta que, finalmente, estableció su residencia en Cuba. Estando allí, afirma Knapp, creció su interés por la botánica y la historia

natural, produciendo varios trabajos que fueron mostrados a William Shaler³, cónsul en La Habana, que los calificó de «admirables» (Knapp, 1834, p.477). Por la relevancia que pueda tener esta nota biográfica en la cultura botánica de habla hispana, reproducimos aquí, por primera vez, una traducción completa de la misma⁴ de la cual comentaremos los aspectos más relevantes:

Mary WOLSTONCRAFT, la esposa del mayor Wolstoncraft, del ejército de los Estados Unidos, era hija de un clérigo de Nueva Inglaterra. Era la segunda esposa del mayor, habiéndose divorciado él de la primera. Vivieron juntos en Nueva Orleans varios años antes de la muerte del mayor; y María, entre otros deberes, se dedicó a la educación de una hija suya, de su primera esposa. La Sra. Wolstoncraft era una mujer del genio más exaltado. Ella se comprometió en todas las obras de caridad en Nueva Orleans, mientras su esposo vivía, porque se pensaba que él era un hombre de gran riqueza, pero que se perdió en gran parte por su muerte; porque cuando un especulador de muchas ocupaciones muere repentinamente, las mil cosas que caen de sus manos, difícilmente las recoge cualquiera, por sagaz que sea; pero por mal que fuera, se dio cuenta de algo, y salió de esa región hacia el este de los Estados Unidos. Aquí, después de un tiempo, encontró que los inviernos eran demasiado severos para una constitución tan acostumbrada a soles más cálidos, y compró propiedades, y fijó su residencia en la isla de Cuba. Mientras estuvo allí, su mente activa no sólo se dedicó a la agricultura, sino también a la botánica y la historia natural. Escribió una serie de cartas sobre Cuba, mostrando más conocimiento del suelo, clima, producciones, usos y costumbres de los habitantes, que cualquier otro que haya escrito sobre el tema. Varias de ellas fueron mostradas al difunto William Shaler, cónsul en La Habana, y las calificó de admirables. Mientras residía allí, siguió su estudio favorito, la botánica, e hizo dibujos de muchas de las plantas de esa isla, ilustradas de la naturaleza; y también algunos especímenes de ornitología, zoología e ictiología, fueron exhibidos por ella al autor de este aviso, y él no duda en reconocer que eran superiores en dibujo a cualquiera que haya visto jamás, y muy pocas cosas de esta naturaleza han escapado a su observación.

Las descripciones dadas de cada dibujo, en cada rama, fueron precisas y acertadas. Esta obra fue exhibida durante su vida a muchos, pero nunca fue

3. William Shaler (1773-1833) fue un alto funcionario del gobierno americano que sirvió como cónsul de EEUU en Cuba y miembro de la *American Philosophical Society*. Residió en La Habana desde 1829 hasta su muerte, en 1833, debido a la epidemia de cólera.

4. Traducción de la autora.

publicada, ya que la empresa habría excedido en gran medida el espíritu de la época; desde entonces, Wilson, Bonaparte y Audeborn han hecho mucho en el campo de la historia natural, y otros en la botánica. La Sra. Wolstoncraft tenía una pluma muy vigorosa, como lo demostrarán plenamente las cartas desde Cuba y el artículo sobre los «Derechos de la Mujer» publicado en la *Boston Monthly Magazine*, en 1825. No simpatizaba con los sentimientos religiosos de Mary Wolstoncraft la esposa de Godwin y hermana de su esposo, pero escribió sobre los derechos de la mujer, con tanta fuerza y más justicia. Pocas veces hemos leído un artículo de mayor enjundia que el que aludimos de su pluma.

En la conversación se mostraba fluida, original y fascinante. Estuvo muchos años trabajando bajo los males de una consunción lenta, pero nunca perdió su alegría, sólo lamentando tener que dejar este mundo antes de poder hacer algún bien elevando la condición de su sexo en el mundo intelectual. Se permitió comentarios severos sobre el curso de la educación femenina, tal como ella lo había visto; donde años de grandes gastos se despreciaban en ostentosas hazañas, dirigidas a mostrarse a los pretendientes, para lucir como una bella muchacha, y que, pasado el día de esa exhibición, no servían para nada. Los Estados Unidos le proporcionaron un número suficiente de hechos para apoyar su posición, en cuanto a la insuficiencia de la educación de las mujeres jóvenes, y diez mil padres podrían ayudar a cubrir los gastos de una educación tan superficial. El progreso de la reforma es lento, pero parece seguro. Mucho se ha hecho desde que ella escribió, para reformar este absurdo, pero aún queda mucho por hacer por aquellos que ahora están en la palestra. La mayoría son demasiado ignorantes, muchas están demasiado ocupadas y algunas demasiado ociosas para emprender esta gran obra de reformar la educación femenina. La Sra. Wolstoncraft murió hace algunos años, en Cuba, pero no tan pronto como ella anticipó, en dos o tres años. Su archivo debe haber sido rico en asuntos misceláneos, porque muy pocos temas pasaban por su poderosa mente sin alguna discusión, y arrojaba un rayo de luz sobre todo lo que contemplaba. Escribía tanto poesía como prosa, y era feliz en su musa, pero a esta rama de la literatura no parecía prestarle mucha atención, pues estaba empeñada en iluminar la mente femenina, y pensó que esto debía hacerse en el lenguaje más directo y sencillo. Si llevaba una media azul, tenía derecho a hacerlo, y lo hizo de una manera tan magistral que no hubiera sido necesario ningún valor ordinario para disputarlo. Es de esperar que alguien le haga justicia a esta gran mujer. (Knapp, 1834, pp. 477-478).

Knapp no duda en reconocer que quedó impresionado por la superioridad de los dibujos de Kingsbury Wollstonecraft, alabando las descripciones por

su calidad y precisión, gracias al dibujo hecho del natural. La referencia a las ilustraciones sobre ornitología, zoología e ictiología, que no están presentes en el manuscrito *Specimens of the plants and fruits of the Island of Cuba*, nos lleva a pensar que los trabajos de Kingsbury Wollstonecraft podrían ser, incluso, más amplios de lo que pensamos, y que es muy probable que se pudieran encontrar nuevos documentos que no se recogen en esa publicación.

Gracias al texto de Knapp podemos saber que a Kingsbury Wollstonecraft no sólo le interesaba la botánica, sino que existen otros trabajos de la autora que fueron publicados de forma anónima, bajo el nombre D'Anville. Knapp, como editor de la *Boston Monthly Magazine*, afirma que le publicó en su revista varias cartas sobre Cuba y un artículo sobre los derechos de la mujer. A este respecto, las publicaciones mencionadas han sido identificadas en dos artículos titulados «Letters from Cuba I» (1826a) y «Letters from Cuba II» (1826b). Bajo el mismo pseudónimo, D'Anville, el *Boston Monthly Magazine* publicó otros textos como «Patriotism... A Sketch» (1825a), además del artículo titulado «The Natural Rights of Woman» (1825b) en el que se reclama una mejora del acceso a los estudios científicos y literarios para las mujeres. La relación de Kingsbury Wollstonecraft con la reivindicación de los derechos de las mujeres estaba ya en el seno familiar. Su marido se ha identificado con el hermano de Mary Wollstonecraft, madre de la escritora Mary Shelley y autora del ensayo pionero sobre los derechos de la mujer *A Vindication of the Rights of Woman: with Strictures on Political and Moral Subjects* (1792). La de Mary Wollstonecraft fue una obra literaria pionera que se escribió como una reacción a las *Reflections on the Revolution in France* de Edmund Burke, publicado a fines de 1790, a la que siguió una primera respuesta titulada *A Vindication of the Rights of Men* (1790) y la segunda ya mencionada, en 1792, a favor de que los derechos de las mujeres estuvieran en plena igualdad con los de los hombres. Otra cuestión importante es la alusión de Knapp a las medias azules, al final del texto, que hace referencia al 'Bluestocking Circle' y su vínculo con la lucha por los derechos de la mujer. Durante el siglo XVIII, un notable grupo de mujeres formó el Salón Bluestocking –de las medias azules–, donde se reunían pensadoras, escritoras y artistas para debatir sus ideas. El movimiento tenía a su cuñada, Mary Wollstonecraft, como una de sus precursoras, junto a Elizabeth Montagu (1720-1800) y, entre otras, a una de las grandes artistas botánicas de la época: Mary Delany (1700-1788). Las

Bluestockings intentaron reemplazar las típicas veladas femeninas sociales por reuniones más intelectuales, donde se discutía sobre temas de interés político y social (Eger y Peltz, 2008; Pohl y Schellenberg, 2002). A finales del siglo XVIII, el término se empezó a usar despectivamente por ciertos hombres que se sentían excluidos por las Bluestockings, lo que condujo a una interpretación peyorativa de las medias azules como símbolo de mujer intelectual «peligrosa» (Pohl y Schellenberg, 2002).

El texto «Natural Rights of Woman» de Kingsbury Wollstonecraft y su recepción ha sido recientemente estudiado por Carol Bensick (2020). La publicación de su conferencia nos da la pista sobre otra nota biográfica que, según el texto, fue localizada por Wayne Bogle en una investigación sobre la familia Wollstonecraft en la que está trabajando. En *Letters Written in the Interior of Cuba* (1829) el clérigo Abiel Abbot da cuenta de haber conocido a dos «damas literarias», nombrando a una de ellas como «Mrs. W» (Abott, 1829, p.100). Tal y como relata Abott, el encuentro sucede en el salón de un ciudadano americano residente en Cuba, cuya esposa era española, que todavía no hemos identificado pero que da cuenta de que los espacios de intercambio, a modo de salones literarios, entre las mujeres intelectuales que se encontraban en la región eran una realidad. El texto, además, nos da cuenta de que Kingsbury Wollstonecraft podía tener ya un reconocimiento público ya que la define como un nombre «no del todo desconocido para la fama americana» (Abott, 1829, p. 101). El relato del encuentro nos ofrece mucha información sobre su consideración profesional, ya que Abott la define como una autora culta y elegante pintora de flores, a la que menciona como «Mrs. W.». Por el mismo texto, también sabemos de las posibles razones de que los intentos de publicación del manuscrito fueran fallidos. Los editores parecen pedirle, por adelantado, la suma de 6000 dólares para llevarlo a cabo, una cantidad que ella no podía aportar. Al parecer, el manuscrito acabó siendo devuelto a la autora y pasando a manos de sus descendientes, que finalmente encontró su lugar en los archivos de la biblioteca de la Universidad de Cornell. Abott hace alusión, además, en un tono casi burlón, a la manera en la que Kingsbury Wollstonecraft compone su obra botánica mezclando la pintura de flores, el texto y la poesía: «It is said to contain paintings of flowers, native and exotic of this island, with an interspersion of descriptions and scraps of poetry. I suppose it is a dish which the Spaniards might call an

olio, –a little of almost everything.» (Abott, 1829, pp. 100-101). La historia de la desafortunada suerte del manuscrito pareció hacerse más famosa que su contenido, que es juzgado por Abott como una intercalación de descripciones y residuos de poesía, algo a lo que él llama, no sin cierta displicencia «un poco de casi todo», una definición que nos ofrece mucha información sobre la manera en que las mujeres construían el relato de la naturaleza y su complicada relación con las políticas del discurso científico.

3. «UN POCO DE CASI TODO»: BOTÁNICA, POESÍA Y CIENCIA EN FEMENINO

La invisibilidad histórica de las mujeres como científicas es un tema del que se ha escrito mucho en los últimos años (Rossiter, 1993; Schiebinger, 1991; Watts, 2007) y del que cada vez encontramos más ejemplos. El «efecto Matilda», esa invisibilización femenina que hacía imperar la falsa creencia generalizada de que la escasez de mujeres inventoras se debía a la falta de genio, nos permite una aproximación revisionista de las aportaciones femeninas a la ciencia, que sigue dando sus frutos, gracias a nuevos cuestionamientos sobre las razones sociales y culturales que habían convertido a las mujeres científicas en espectros al margen del discurso. Frente al relato oficial de los grandes hombres de ciencia, las mujeres encontraron su lugar trabajando en áreas históricamente más receptivas como la traducción, la escritura y la ilustración científica, a veces, todas ellas revueltas en «un poco de casi todo», en las palabras de aquel clérigo que definía despectivamente el trabajo de Kingsbury Wollstonecraft. El enfoque feminista de la historia de la ciencia de los últimos años está siendo testigo del florecimiento de diversos estudios sobre la asociación entre mujer, creación y naturaleza que ya no subestiman el relato de vida, la individualidad y lo íntimo como forma de separación de las aportaciones de las mujeres a la historia de la ciencia sino como una aproximación necesaria (Santesmases et al., 2017). La naturaleza era el libro abierto frente al libro impreso, encerrado en espacios a los que las mujeres no tenían acceso. El vínculo de la mujer con el estudio de la naturaleza, sus conocimientos transmitidos a través de cartas, poemas y pinturas de flores son el fruto de esas redes alternativas de conocimiento, transmitido a través de los salones, las amistades y los espacios propios. Numerosos trabajos

han demostrado cómo la escritura hecha por mujeres en estos formatos alternativos ayudó a la aproximación de la cultura científica a la sociedad (Fara, 2004; Gates & Shteir, 1997; Shteir, 1996). Precisamente, el hecho de que los espacios masculinizados de la ciencia no permitieran el acceso de las mujeres a los canales oficiales de reconocimiento público fue el motor para crear otros nuevos, al margen de la normatividad que implicaba el discurso científico público.

Como en el caso de Kingsbury Wollstonecraft, las aportaciones a la ciencia hechas por autoras incluyen una variedad de temas, en las que se encuentran no sólo las ciencias naturales, el feminismo, la pintura o la ilustración, sino también la poesía o los cuentos infantiles. Por ejemplo, Priscilla Wakefield publicó *An Introduction to Botany* (1796) en forma de lo que ella tituló como «cartas familiares», que también incluía reflexiones y fragmentos poéticos. El libro ofrecía una forma sencilla de acercarse a las ciencias naturales a través de cartas entre unas hermanas que comparten su aprendizaje de la clasificación de las plantas, a través del sistema de clasificación de Linneo. El libro *Le Language des Fleurs* (1819) de Charlotte de la Tour, famoso por difundir el significado simbólico de las flores, se dividía en las estaciones del año intercalando ilustraciones, prosa y poesía, pero también ofrecía información sobre identificación, nomenclatura y conservación (figura 6).

La publicación de *Flora's Dictionary* (1829) de Elizabeth Wirt, que, en sus primeras ediciones se publicó bajo la autoría anónima de «una dama», ofrecía una visión holística entre escritura, arte e ilustración, hasta el punto de que, en algunas de sus ediciones posteriores, incluyeron páginas intercaladas de papel en blanco en diferentes colores, que se ha interpretado como una invitación implícita a que las lectoras crearan sus propias contribuciones al diccionario a través de sus notas y dibujos (Seaton, 2012). La producción de este tipo de obras, como argumenta Weik von Mossner (2017), parte de la unión de diversas disciplinas que, como el arte y la literatura, intervienen en la parte afectiva del proceso de recepción de información científica. La capacidad de interrelacionar diversas disciplinas –ciencia, poesía, narrativa– se manifiesta en una expresión más humana de la ciencia, así como en una relación mucho más íntima y empática con la naturaleza.

Aunque todavía es relativamente desconocido para muchos estudiosos de historia de la ciencia, la lista de escritoras científicas es larga y así lo



Figura 6. *Le langage des fleurs* (9.^a ed.). Ch de Latour Mme. Gallica (París)

están demostrando tesis como la de Boswell (2014). Sin embargo, la variedad de géneros que se utilizan, por no responder al clásico tratado normativo, convierten su estudio en una tarea compleja, que no hace más que demostrar cuán importantes fueron sus situaciones particulares y la amplitud de sus intereses. Además de a la botánica, en Kingsbury Wollstonecraft podemos acercarnos al relato de viajes, la epístola o el activismo político. Como ya hemos comentado, publicó «*The Natural Rights of Woman*» (1825), un texto que demuestra que su interés por el estudio de la naturaleza estaba

conectado al deseo de mejorar las formas de vida, la educación y los derechos sociales, en un discurso integrador que anticipa algunas de las premisas del ecofeminismo. En su artículo se pregunta por qué, si existen oportunidades educativas o de acceso a la cultura, estas no están al alcance de todas las mujeres o, incluso, si lo están, muchas mujeres acaban por emplear su tiempo en cuestiones superficiales que tienen como principal objetivo complacer al varón, dando a entender que existían unas normas sociales asociadas al género que influyen en las decisiones que se toman, aunque estas perpetúen la desigualdad. Como sabemos, la lucha contra la desigualdad de género está vinculada a otras formas de dominación y sus teorías, especialmente las de raza y clase. En palabras de Plumwood (1993), la problemática de la naturaleza está estrechamente ligada a la del género ya que «naturaleza» ha sido una categoría cambiante que ha abarcado otros tipos diferentes de colonización: lo que es «natural» o no lo es. Para Kingsbury Wollstonecraft, los derechos «naturales» de la mujer son los derechos de todos los seres humanos a tomar sus propias decisiones. Al parecer, estas opiniones no podían ser expresadas bajo su nombre real y utilizó su pseudónimo, D'Anville. Sin embargo, sí que utilizó su nombre cuando decidió enviar su obra botánica para publicación. Una decisión que quizá no jugó en su favor pero que tiene unas razones lógicas en la sociedad ilustrada del momento. Se había popularizado la idea de que todas las disciplinas científicas estaban más allá de la capacidad comprensiva de la mente femenina, a excepción de la botánica. Por este motivo, las plantas se convirtieron en un medio aceptable para estudiar la naturaleza, que las mujeres podían practicar en sus jardines bajo la supervisión de los miembros masculinos. Este contexto contribuyó a que, cada vez más, las mujeres se interesaran por la botánica y la ilustración, una práctica que les permitía seguir siendo miembros modestos y puros de la sociedad, una larga tradición de los cuidados a través de la herboristería y los remedios naturales las amparaban. Con el desarrollo de las teorías de Linneo, la sexualización de la botánica estaba implícita en el propio proceso científico, algo que no sólo alejó a las mujeres de la disciplina, sino que naturalizó el sexo y las ideologías de género de la ciencia moderna (Schiebinger, 1991 y 2004a). Es más, si las mujeres alcanzaban públicamente un alto nivel de educación en esta materia, se las rechazaba por masculinas y no aptas para el matrimonio (Shteir, 1996). Muchas de ellas acabaron siendo falsamente

consideradas como ayudantes de maridos, padres o hermanos, siendo objeto del efecto Matilda, el proceso de invisibilización que ya hemos mencionado y que afecta a gran número de mujeres científicas. Sin embargo, en el caso de Kingsbury Wollstonecraft esto no era posible, ya que, tras haber enviudado y sin conocerle acompañante varón, no podía ser calificada de ayudante de otro naturalista que actuara de voz masculina legítima. No podemos saber si esa cuestión afectó a la negativa de publicación de sus trabajos botánicos, lo que sí podemos constatar, es que muchos de los trabajos que ya hemos mencionado (Schiebinger, 2004b; Shteir, 1996; Rossiter, 1993) demuestran que la mayoría de las mujeres del siglo XVIII y XIX no fueron reconocidas públicamente por sus contribuciones al progreso de este campo.

4. CONCLUSIONES

A partir de las revisiones bibliográficas de las últimas décadas, es evidente que, en contra de las ideas imperantes sobre el tema, la relación entre las mujeres, las plantas y la naturaleza ha sido una constante, hasta el punto de plantear que son los colectivos femeninos los que, en su mayoría, han manejado el conocimiento de la biodiversidad de los recursos naturales, derivado de su propia tradición cultural de los cuidados, la salvaguarda del entorno familiar y la nutrición. Recolectoras de plantas, ilustradoras, escritoras, activistas y coleccionistas siguen apareciendo entre los archivos. La tradicional imagen de la mujer relegada al ámbito privado y la no ocupación del espacio público invisibilizó ese papel que algunas mujeres desempeñaron en los comienzos de la ciencia de las plantas y el arte de la botánica. Mientras que a muchas se las consideraba encantadoras doncellas aficionadas, tan delicadas como las flores que retrataban, la realidad era que muchas estaban creando conocimiento científico complejo basado en el sistema de Linneo. El relato de las mujeres y la naturaleza es tan antiguo como Eva en el jardín, pero esta historia también es la del uso de las plantas, el estudio y la ilustración de la Historia Natural. La misma que se refiere a la búsqueda del saber, el estudio de la naturaleza y las posibilidades de control que su conocimiento podía aportar. Casos como el de Kingsbury Wollstonecraft nos demuestran que, antes de que a las mujeres se les permitiera participar, directamente, en la creación de conocimiento científico, trabajaron no solo como traductoras e ilustradoras, sino como autoras de pleno derecho de libros de ciencia.

Mediante el uso de una narrativa que escapaba del tradicional relato científico normativo, sus obras son infravaloradas por los círculos académicos tradicionales y, a pesar de ello, no hay que olvidar su importante papel en la educación y la divulgación de la ciencia de la época.

Desde el momento en el que la Historia Natural, el auge de las expediciones, los viajes científicos y las ideas de Linneo se habían extendido por Europa, los jardines botánicos florecieron por todas partes. Científicos, naturalistas, eruditos y aficionados recolectaban, estudiaban y analizaban las plantas, en tanto que las mujeres aprendían a dibujarlas, leían poesía y escribían en sus diarios. Mientras que los hombres con intereses científicos podían ingresar al ámbito profesional y comunicar sus ideas en publicaciones de prestigio, la mayoría de ellas no tenía esa opción. Debido a las contingencias de clase, sexo y educación, los textos de mujeres naturalistas se hacían invisibles, por encarnar versiones no dominantes del modelo de ciencia ilustrada.

Flora fue la diosa de las flores y así se la veneró durante la Antigüedad. La iglesia la acabó asociando con el paganismo y la promiscuidad, haciendo lo posible por borrar su imagen, pero el siglo XVIII volvía a ella, con la botánica como ciencia ilustrada. Los mitos, sin embargo, seguían presentes. Las asociaciones entre naturaleza, belleza, mujer y pecado nunca han dejado de aflorar. Mientras que la premisa occidental masculina había sido dominar la naturaleza, en un intento continuado de definir sistemáticamente su superioridad, la escritura femenina sobre la naturaleza parte de una alianza. Su relato no es esclavo de la teoría sino la expresión de los vínculos entre ciencia, arte, poesía y libertad. En este trabajo, hemos querido recuperar parte de ese relato, escrito e imaginado por mujeres, a través de los últimos hallazgos sobre esta naturalista de la que todavía sabemos muy poco: Nancy Anne Kingsbury Wollstonecraft. Es muy probable que muchos de sus textos se hayan extraviado, aunque podemos decir que, por ahora, lo que ha salido a la luz, solo demuestra que era una persona culta, bien formada intelectualmente y con unas ideas progresistas que aúnan diversas disciplinas, en un sentido integrador y holístico de la naturaleza, a un nivel que recuerda a los pensadores de la *Naturphilosophie* como Alexander von Humboldt o Goethe. Confiamos en que este trabajo pueda abrir la puerta a nuevos hallazgos y que sirva de punto de partida para nuevas investigaciones. Un análisis más

detallado de su obra seguirá ofreciendo nuevas perspectivas que vinculan botánica, literatura, género e ilustración.

5. BIBLIOGRAFÍA

- Abott, A. (1829). *Letters Written in the Interior of Cuba*. Bowles and Dearborn.
- Bensick, C. (2020, 9 de agosto). «Pith and Point» vs. «Pathetic Caricature»: Samuel L. Knapp and Clark Durant on Nancy Kingbury Wollstonecraft's *Natural Rights of Woman* [Paper presentation]. Expanded Lecture for Wollapalooza III, Miniconference at the 2020 American Political Science Association, Virtual Convention, EEUU.
- Boswell, M. (2014). *Beautiful Science: Victorian Women's Scientific Poetry and Prose* [PhD dissertation, English Language and Literature Department, University of Maryland].
- Cueto, E. (2018, 8 de noviembre) *Specimens of the Plants & Fruits of the Island of Cuba: A presentation on the 190-year old unpublished manuscript of botanical illustrations by Nancy Kingsbury Wollstonecraft* [Conference]. Universidad de Florida, EEUU.
- D'Anville (1825a). Patriotism... A sketch. *Boston Monthly Magazine*, 1, 305-312.
- D'Anville (1825b). Natural Rights of Woman. *Boston Monthly Magazine*, 1 (2), 126-135.
- D'Anville (1826a). Letters from Cuba I. *Boston Monthly Magazine*, I, XI, 561-571.
- D'Anville (1826b). Letters from Cuba II. *Boston Monthly Magazine*, I, 641-655.
- De Jaime, J.M., Benito, M., y Martín, R. (2006). *La mujer en la ciencia a lo largo de la historia: Blanca y Clotilde Catalán de Ocón, consideradas las primeras mujeres españolas que ejercieron activamente la Botánica y la Entomología*. Servicio de Publicaciones CEU UCH.
- Eger, E., y Peltz, L. (2008). *Brilliant Women: 18th-Century Bluestockings*. Yale University Press.
- Fara, P. (2004). *Pandora's Breeches. Women, Science and Power in the Enlightenment*. Pimlico.
- Gates, B.T., y Shteir, A.B. (1997). *Natural eloquence: women reinscribe science*. University of Wisconsin Press.
- Hodacs, H., Nyberg, K., y Van Damme, S. (2018). *Linnaeus, Natural History and the Circulation of Knowledge*. Voltaire Foundation.
- Knapp, S. (1834). *Female Biography Containing Notices of Distinguished Women in Different Nations and Ages*. J. Carpenter.

- Kramer, J. (1996). *Women of Flowers. A Tribute to Victorian Women Illustrators*. Harry N. Abrams.
- Logan, G.B. (2004). Women and Botany in Risorgimento Italy. *Nuncius*, 19, 601-628. <https://doi.org/10.1163/221058704X00371>
- Norton, L. (2009). *Women of Flowers: Botanical Art in Australia from the 1830s to the 1960s*. National Library of Australia.
- Plumwood, V. (1993). *Feminism and the mastery of nature*. Routledge.
- Pohl, N., y Schellenberg, B.A. (2002). Introduction: A Bluestocking Historiography. *Huntington Library Quarterly*, 65, 1-19.
- Rossiter, M. (1993). The Matthew Matilda Effect in Science. *Social Studies of Science*, 23(2), 325-341. <https://doi.org/10.1177/030631293023002004>
- Saco, J.A. (1858). *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba. Ya publicados. Ya inéditos. Por Don José Antonio Saco* (Tomo I). Imprenta d'Aubusson y Kugelmann.
- Santesmases, M.J., Cabré i Pairet, M., y Ortiz Gómez, T. (2017). Feminismos biográficos: aportaciones desde la historia de la ciencia. *ARENAL*, 24(2), 379-404.
- Schiebinger, L. (1991). *The Mind Has No Sex? Women in the Origins of Modern Science*. Harvard University Press.
- Schiebinger, L. (2004a). *Nature's Body: Gender in the Making of Modern Science*. Rutgers University Press.
- Schiebinger, L. (2004b). *Plants and Empire: Colonial Bioprospecting in the Atlantic World*. Harvard University Press.
- Seaton, B. (2012). *The Language of Flowers: A History*. University of Virginia Press.
- Shteir, A. (1996). *Cultivating Women, Cultivating Science: Flora's Daughters and Botany in England, 1760-1860*. The Johns Hopkins University.
- Shteir, A., y Cayouette, J. (2019). Collecting with «botanical friends»: Four Women in Colonial Quebec and Newfoundland. *Scientia Canadensis*, 41(1), 1-30. <https://doi.org/10.7202/1056314ar>
- Watts, R. (2007). *Women in Science. A Social and Cultural History*. Routledge.
- Weik von Mossner, A. (2017). *Affective Ecologies: Empathy, Emotion, and Environmental Narrative*. Ohio State University. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1lhpszq>
- Wollstonecraft, N.K. (1826). *Specimens of the plants and fruits of the Island of Cuba*. HathiTrust.